

día casi nada de todo aquello. Por su parte, los actores—á excepción de Ricardo Calvo y Donato Jiménez—hicieron lo posible para que se entendiese menos cada vez, declamando bajo y confuso y no matizando sus réplicas.

De otras causas que se han alegado para explicar el por qué no aprobó á *Judit de Welp* el público de la corte, diré lo menos posible, pues creo que es una cuestión en que se ha extraviado bastante el criterio, produciéndose una serie de malas inteligencias de una y otra parte. No negaré que las palabras atribuidas á Guimerá en un banquete (y digo *atribuidas*, porque el poeta afirma que no pronunció tales palabras) no contribuyesen á predisponer en contra suya á alguna parte de la prensa, y hasta me aseguró persona fidedigna que un exiguo grupo quería hacer el día del estreno manifestaciones de desagrado. Pero á ese grupo se le pararon los piés: no llegó á entrar en el teatro; y el verdadero público, el desinteresado, el sin malicia, iba, como siempre, deseoso

de aplaudir y hasta dispuesto, con cierto simpático puntillo de caballerosidad, á demostrar, aplaudiendo, que no se pagaba de chismes. Si *Judit de Welp* llega á gustar, la ovación á Guimerá hubiese sido mayor aún que en *Mar y cielo*. No lo dude el insigne poeta, y de ningún modo se aparte con desvío de este terreno, donde ya ha cosechado laureles.

*
* *

Loado sea Dios, que puedo hablar de un drama vencedor: refiérome á *Las Vengadoras*, de Eugenio Sellés, que mal recibidas hace años por un público que las juzgó en demasía escabrosas, han tenido hoy completo éxito (por lo menos lo que aquí puede llamarse tal, aunque sea bien poco y bien irrisorio, comparado con lo que por éxito se entiende en otros países).

Yo prescindo de esto del éxito, y considero *Las Vengadoras* como si las

hubiese visto yo sola, y digo que son muy contados los dramas del teatro moderno que me satisfacen tan completamente como el de Sellés: al decir *teatro moderno*, pienso sobre todo en el francés y especialmente en el de Alejandro Dumas. Si *Las Vengadoras* hubiesen brotado de la pluma que trazó *El Demi-monde*, ocuparían un puesto honroso al lado de aquella perla de las comedias de costumbres.

A propósito de *Las Vengadoras* se ha hablado mucho de naturalismo y de *nuevos moldes*, influyendo á mi modo de ver en este juicio, la arraigada aprensión de que si ocurre el lance entre gente de vida airada, naturalismo tenemos. En cuanto á lo de los *nuevos moldes*, precisamente el drama de Sellés me parece á mi perfectísima aplicación, no de esos *nuevos moldes* sobre los cuales había tanto que hablar que será mejor no hablar nada, por lo menos ahora, sino de los moldes delicados, pero bien conocidos, del teatro francés, diestramente adaptados á la escena española en esta

obra y alguna más que pudieran citarse (como la *Consuelo*, de Ayala). Para elogiar *Las Vengadoras* todo cuanto merecen, yo tengo que hacer una operación mental: suponer que son de Dumas y que se estrenan en la *Porte Saint-Martin*. Claro está que sólo echo de menos en el drama de Sellés el *etnicismo*; con *transportarlas*, ya he removido la objeción y ya disfruto plenamente.—Los tipos y costumbres que retrata Sellés en su drama no diré que sean completamente inconcebibles en tierra española, por más que no son comunes, pues sin negar que aquí, como en todas partes, se paga tributo al vicio y se quema incienso en aras de la Afrodita venal, generalmente son otros los ritos, otras las sacerdotisas y muy diferentes los templos. Sin embargo, es tan lícito al autor estudiar el caso general como el caso raro y hasta el caso único. La heroína del drama de Sellés (figura admirable, siempre que le demos por fondo el boulevard de Capuchinos ó Italianos, ó las fulgentes

vidrieras de la *Maison Dorée*) puede haber existido en Madrid, pero nunca será madrileña neta, como la infeliz de la Peri. La heroína de Sellés, refinada, elegante, distinguida, culebreadora, engatúsa-bobos, semi-filósofa, se despega del horizonte de nuestra capital, que es un honrado poblachón; el lugar más grande de la Mancha. Si á casa de la Peri va la esposa legítima reclamando á su descarriado marido, apuesto algo bueno á que Leonorilla, afirmando la mano en la cadera y entornando los ojos, sale con el arranque de magnanimidad de restituírselo y aun de darle dinero encima. ¡Ah! Leonorilla no será nunca una *vengadora*. El tipo de Teresa pide la sequedad, el sentido práctico y la quintesenciada marrullería de la mujer francesa.—Sellés confiesa también lo singular del tipo, y que “ha refinado un ejemplar común, pasándolo deliberadamente por un tamiz de seda...”

Es cuanto puedo objetar al drama de Sellés. Una vez admitida Teresa y reconocido el fin del drama que se reduce

á demostrar que cada cual muere por donde pecó,—hay que decir sin reparo que el desarrollo de esa idea en forma dramática se acerca á la perfección suma. El drama es un primor de factura, y si hoy admitiese nuestra indisciplina *modelos*, cabría que llamásemos á *Las Vengadoras* modelo de dramas. La acción, bien trabada, llena de interés y vitalidad, y sin embargo, sencilla, se desenvuelve con armoniosa plenitud y sabia gradación, en tres actos de extensión proporcionada, ni lánguidos ni tampoco agitados convulsivamente. El autor no echa en olvido el *ne quid nimis* en la distribución del elemento cómico: hay sazonado chiste, suma pulcritud *literaria* (literaria, entiéndase bien), y á esto se debe el que hoy pasen, sin irritar al público, escenas fuertísimas, las más acentuadas quizás del teatro moderno español. Ha llegado el público á tolerar y hasta á aplaudir el acto primero y el segundo de *Las Vengadoras*, á fuerza de habilidad en el autor. La cultura no está en lo que se dice ó hace en escena, sino

en el modo de hacerlo y decirlo. En este particular son, lo repito, un modelo *Las Vengadoras*. Yo no las he visto ni leído en su forma primera, la que tenían cuando fracasaron: no sé si el autor las ha retocado mucho ó poco; pero dudo que pudiese ser mayor la crudeza de algunas escenas, por otra parte cinceladas como joyas.

Esto del cincel no significa exceso de adorno ni derroche de pensamientos puntiagudos. El arte más exquisito es el más sobrio, y en *Las Vengadoras* la forma es sobria, á pesar de que están muy bien parladas y pensadas con fino ingenio. En cuanto á los caracteres, el de la protagonista (admitida la singularidad de la figura en estas tierras) es el mejor, el completo y significativo. Su víctima, el esposo infiel, vale mucho menos, y le desdeñaríamos si le encontrásemos en sociedad, pero no debemos desestimarle en la obra dramática, porque el dramaturgo no puede prescindir de la masa de gente sin carácter, campo social donde crece y

se propaga la mala hierba del vicio. Como el protagonista del drama de Sellés andan por ahí muchísimos hombres, presa natural de la *vengadora*. Para los caracteres enteros y las inteligencias superiores, no existen *vengadoras*, claro está, en el sentido de elemento desorganizador de la vida, la salud ó la conciencia. Esto disminuye algún tanto la importancia de la sátira que en *Las Vengadoras* se encierra. Los conflictos dramáticos más altos y sublimes son los que pueden producirse en almas superiores (v. gr., el conflicto de *Otelo*, el de *Hamleto*, y para citar obras modernas, los de *El Gran Galeoto*, *Consuelo*, *Realidad*...). Por eso, en *Las Vengadoras*, lo digno de admiración y aplauso es, más que la sátira social, la perfección de la forma (entendiendo el concepto de *forma* con gran amplitud). Así y todo, suscribo la afirmación de que, por solo ese drama, Sellés merece figurar entre nuestros mejores dramaturgos. No hace muchos meses que estampaba yo aquí el nombre del autor de *Las Veng*.

doras, con motivo de una vacante en la Academia de la Lengua; y hubo quien se me atufó, tratando á Sellés peor que si fuese algún Don Eleuterio Crispín de Andorra. No tardaron mucho *Las Vengadoras*, rompiendo el largo silencio é inacción de Sellés, en arrancar á la prensa unánime clamoreo de aprobación.

Mis ocupaciones me han impedido asistir á una de las contadas representaciones que, por ser fin de temporada, alcanzó *Tormento*, de Federico Urrecha. En la imposibilidad de hablar por cuenta propia, hube de asesorarme con una pareja de *críticos incipientes* que viven conmigo, y que, más afortunados que yo, lograron ver la comedia. Estos críticos son mis dos chiquillas, Blanca y Carmen, y su juicio fué decisivo y compendioso. Las dos, con unanimidad ejemplar, que deberíamos imitar los mayores, declararon "que era muy bonito," y que "habían llorado mucho." En prueba, vi sus pañolitos arrugados y húmedos. Es cuanto sé de *Tormento*.

*
* *

Vico en la Princesa y Ricardo Calvo en el Español, se han complacido (y nos han complacido) exhumando algunas joyas del teatro antiguo y del neo-romántico de Zorrilla. Recuerdo que en la representación de *Traidor, inconfeso y mártir*, que fué un triunfo para Vico, me manifestó Castelar que se encontraba "como el que toma un baño de ambrosía." Y en efecto, yo también notaba un goce divino, aristocrático, oyendo lenguaje tan castizo, rico y jugoso, saboreando aquel fraseo noble, caballeresco, apasionado y culto, aquella evocación de la historia y la leyenda que aún vive en nuestras almas y que sólo necesita el conjuro de la poesía para levantarse revestida de todos sus prestigios y encantos... Las mismas impresiones sentí en *El Zapatero y el Rey*, obra que ojalá se pudiese exornar con todo el aparato conveniente y plegue á Dios que la veamos desempeñada por una compañía igual, toda buena. Mil veces he pensado que el único placer extraordinario para el cual yo ambiciona-

ría ser rey ó archimillonario Fúcar, sería poseer y costear un teatro como el del suicida de Baviera, pero donde se rindiese culto, no á la música, sino á la declamación; un teatro donde los mejores actores, pagados á peso de oro, representasen los mejores dramas conocidos en el mundo, desde el repertorio de Esquilo y Sófocles, hasta el de Tamayo y Echegaray. Las dos columnas del edificio serían naturalmente Shakespeare y nuestros clásicos, Lope, Tirso, Calderón. ¡Qué noches tan hermosas y cuán envidiable recreo! Y yo no sería exclusivista, como el loco-Rey. No; yo (siempre millonaria, por supuesto) dejaría entrar gratis, por turno, á la gente pobre y humilde, y haría tirar flores y confites en los entrepuercos para que las damas de la *high society* dignasen sentar la planta del zapato raso en unos palcos desde los cuales no se oye á ningún tenor... a ver si así la afición á las buenas comedias se aclimatara aquí tan presto como la del juego de pelota...

Como mi aspiración no lleva trazas de realizarse, hube de contentarme con ver *La Vida es sueño*, puesta en escena del modo que aquí se acostumbra, y *La Niña boba*, representada con gracia y donaire, pero evocando en mí el recuerdo ¡ay! de Matilde Díez, que bordaba la deliciosa comedia de Lope.

*
* *

Sí, sí, mi Sr. D. Pedro: no niego que V. tendrá razón, y que "un Gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan á una nación los progresos de la literatura", estará dispuesto á hacer algo en favor de la dramática... Aunque no sé qué es eso que puede hacer en pro de la dramática un Gobierno ilustrado. ¿Subvencionar? Ahí es nada lo del ojo. ¿Mandar á la gente que llene el teatro con puntualidad todas las noches?...

Ya sé que V. juzga muy severamente á los autores y á los actores más todavía.

Ya sé que V. cree que el arte dramático está por los suelos, y que la decadencia de *nuestra Talla* (¿no se dice así?) es lastimosa. Ya sé que, como además es V. un tantico puritano, ha dado en la flor de escandalizárame de ciertas escenas de ciertos dramas. Ello es que V., por unas cosas y por otras, no quiere ver el teatro ni de cien leguas; y si todos le imitasen, no entiendo cómo se las arreglaría este Gobierno ni otro más ilustrado para evitar la agonía de la escena española.

Créame V., Sr. D. Pedro: al que se ahoga, no apretalle más la soga. ¿Que el teatro se muere? Pues yo tengo para mí que no le mata ni la falta de ingenios ni la de representantes, sino la frialdad, el desvío del público... sobre todo, de la parte *directiva* del público (*directiva* en esas cuestiones, que son más de moda que de arte.) Aquí no hay dinero ni humor sino para el Real, en invierno, y ahora, en verano, los frontones. El Real de Madrid prolonga la temporada doble que el Imperial de San Petersburgo; oficial y filar-

mónicamente, los magnates madrileños son más ricos que los boyardos. Aquella sima melódica de la plaza de Isabel II se traga, se sorbe el dinero de todos los elegantes, y de cuantos lo quieren parecer, sin haberlo sido nunca. El caso es que el Real, en su género (exceptuando la orquesta, que es excelente, y algún cantante de primera línea que de higos á brevas se digna dejarse oír), anda tan desconcertado como los demás teatros: tiene unas coristas y unas bailarinas respetables por su ancianidad, y unas decoraciones como las del *Orfeo*, de Gluck, en que los Campos Elíseos están representados por un telón de selva virgen con lianas y cocoteros; permítense rasgos de chocante impropiedad y *sans façon* en trajes y accesorios; saca unos coros no mejor ataviados ni más pulcros que los del Teatro de Marineda; además, el repertorio del Real varía poquísimo: hay nuevos y gigantescos desarrollos del arte musical, verdaderas minas artísticas, que aquí ni se sospechan; de Wagner apenas se co-

nocen dos ó tres óperas; de la moderna escuela francesa, poco ó nada... Pues por este espectáculo deficiente, monótono y (en cuanto á la *mise en scène*) indigno muchas veces de una capital como Madrid, arruinanse los bolsillos, despublanse los salones (empezando por el más alto, que es el de una casa muy grande de la plaza de Oriente) y sucumbe en el olvido... ¡peor todavía!, bajo el peso del desdén, la gloria de Lope, Moreto, Rojas, Alarcón...

¿Recuerda V. cómo procedió el bondadoso Luis XVI para acreditar en Francia la modesta y útil importación de Parmen-tier, que iba á salvar del hambre á millones de seres humanos? El sucesor de San Luis lució en el ojal de su casacón, un día de besamano, la rústica flor de la patata...

Aunque nuestra dramaturgia fuese comparable, en lo tosca y fea, á la flor de la patata (calcule V. si es hipótesis), vería V. cómo prosperaba si la prendiesen en su pecho damas ilustres á las cuales sigue una cohorte de otras damas que llevan en

pos muchísimos caballeros, y así sucesivamente...

*
* *

Sí, ya aburre; pero conste que yo no hablé de ello más que una vez y en pocas líneas, y no vuelvo á hablar ahora, en otras pocas, sino porque *La Correspondencia*, padeciendo un error, me atribuye y pone en mis labios frases y proyectos de Echegaray. Siento desmentir al señor redactor del popular diario, que refiere un diálogo mío con el autor de *El Gran Galeoto* en el cuarto de la señorita Guerrero: diálogo hubo, pero los planes de comedia rústica é idílica pertenecen al Sr. Echegaray, que los realizó con *Sic vos non vobis*, y yo sólo dije allí, en conversación particular, lo mismo que después en letras de molde; que si bien he pensado muchas veces, como todos los literatos, en la posibilidad de escribir para el teatro, ningún proyecto especial tuve este invierno respecto al

unto. El hecho de escribir ó no nada importa, pero sí mi veracidad, que debo dejar en su punto. Ni es que extrañe la confusión de *La Correspondencia*, pues sé que no hay cosa más difícil que repetir con exactitud una conversación oída. Por lo regular sucede lo que ha sucedido ahora; repetirla vuelta del revés.

En el artículo de *La Correspondencia* á que me refiero se me supone enojada por la noticia de mis planes teatrales. Sería muy risible, si fuese cierto, semejante enojo mío. ¿Qué ofensa entraña la noticia? Ninguna; hasta podría halagarme, pues me supone una aptitud más, y una aptitud de que probablemente no me ha dotado el cielo. — Si rectificó la tal noticia, fué por no tener tiempo de contestar á varias cartas, muy amables y lisonjeras, donde se me preguntaba el por qué, el cuándo y el cómo de mi primer salida en busca de aventuras dramáticas.

Lo cierto es que me parece sumamente difícil y meritorio hacer algo pasadero, tolerable, para el teatro. ¿No es cierto,

Sr. D. Pedro de Aguilar, que tengo razón? Como si lo viera: si yo pretendiese arrostrar las candilejas, V. me desanimaría, diciéndome con su rudeza honrada que "el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos,, y que lo que necesita no es uno más, sino "una reforma fundamental en todas sus partes...."

